

Evans, R., W. (2011): *The Hope for American School Reform: The Cold War Pursuit of Inquiry Learning in Social Studies*, New York: Palgrave Macmillan, 280 pp.

La importancia e influencia que los diferentes actores sociales tienen en la conformación del currículum escolar, ha sido un tema de investigación recurrente desde que se conformase la investigación sobre la historia del currículum y los estudios curriculares. Si a ello le sumamos que en dichos análisis se le une una visión de conjunto a través de la introducción del contexto que mediatiza esa acción social, nos encontramos con una obra de capital importancia para entender cómo se construyen, legitiman y cambian los currículos escolares. Este es el caso del libro que aquí reseñamos, en el que el autor —Ronald W. Evans— nos presenta un importante análisis acerca de la constitución del currículum de Estudios Sociales o Ciencias Sociales en EEUU entre las décadas de los cincuenta y setenta del siglo XIX.

Por otro lado, el autor no sólo se detiene en los aspectos de la política curricular, también investiga el proyecto de los nuevos estudios sociales que se originaron a principios de los años cincuenta y si éste tuvo una influencia importante en la modificación de las prácticas de enseñanza en las escuelas estadounidenses. Los problemas añadidos que toda reforma curricular conlleva, sobre todo si éstas han sido moldeadas por unos actores sociales ajenos a la historia del sistema educativo, son explicados por el autor con un grado de detalle importante.

En este sentido, este trabajo se sitúa en la importancia que el contexto de la Guerra Fría tuvo para entender la interacción que se produjo entre diferentes actores sociales, y cómo la misma y ese contexto tamizaron el modelo curricular y los contenidos que en él se pusieron en práctica. En una época de amenaza constante de guerra nuclear y el poder de la Unión Soviética, se produjo una especie de alianza entre «gobierno», «grandes científicos», «poder económico» y algunas «prestigiosas universidades», que produjeron un proyecto educativo realizado por el National Science Foundation y otras agencias, que modificó el currículum de ciencias sociales y lo llevó hacia un modelo en el que se realizaba la amenaza de la «seguridad nacional» y la necesidad de llegar al objetivo de la «superioridad tecnológica».

La reforma escolar que emergió en estos años en torno a las ciencias sociales, por tanto, tenía como centro neurálgico un conflicto entre las diferentes superpotencias a nivel militar, industrial y académico que desarrolló una visión de la sociedad y de la escuela que tenía como principal objetivo defender la democracia que se suponía estaba en cuestión. En especial los estudios sociales, nos indica R. W. Evans, sufrieron una suerte de transformación en el que la interacción y los conflictos que se produjeron entre esos diferentes actores, modificó, no solo el sentido de dicho currículum, sino también la selección de sus contenidos, la forma de llevarlos a la práctica y el modelo de enseñanza que era necesario introducir para llevarlos a término. Así, el campo de los estudios sociales, fue una construcción originada en torno a unos límites impuestos por los diferentes conflictos de signo político en esa época. La retórica, composición y forma de la materia escolar de ciencias sociales fue el resultado de una interacción entre múltiples teorías y grupos de interés donde cada una de las cuales intentó hacer valer sus posturas intelectuales. Aspecto que ha sido tratado por el autor en otra obra anterior, también de gran interés, bajo el título de *The Social Studies Wars*.

Lo importante a destacar de este trabajo, es que dicha investigación nos pone en la senda de entender cómo se construyen, modifican y legitiman los currículos escolares. Que el currículum es el resultado de una interacción constante entre diferentes actores sociales y las diferencias de poder, alianzas, negociaciones, etc., que se dan entre los diferentes grupos en cada momento histórico concreto. Quizá el ejemplo más característico de este aspecto particular, lo podemos observar en la segunda parte del libro. Fruto de esa visión en la que se vinculaba la amenaza nacional, la democracia y la guerra fría, surgieron, a finales de la década de los sesenta, toda una serie de nuevos actores a la contra de dichas propuestas educativas. Los diferentes movimientos sociales que vieron la luz en esa época, reivindicaron la necesidad de una reforma en el que se hiciese hincapié el potencial humano y las ideas relativas al movimiento de los «derechos civiles». No obstante, esa situación, que el autor ve

como un giro revolucionario, también obtuvo su respuesta y el consecuente movimiento contra-revolucionario. En una coalición que se produjo entre «neoconservadores», «nueva derecha» y «ultraconservadores evangelistas», estos grupos no sólo lograron censurar dicho movimiento progresista a través de la fuerza que les otorgó dicha alianza, sino también que la modificación en el currículum de ciencias sociales fuese mínimo. Elemento que obtuvo un apoyo constante desde las distintas fundaciones empresariales y los propios medios de comunicación. A pesar de los grandes avances en ciencias sociales y el desarrollo de la investigación en este campo desde diferentes organismos académicos en la década de los setenta en EEUU, la influencia de las fuerzas conservadoras obtuvo un apoyo importante para restaurar el sentido más tradicional en la educación.

Como este libro demuestra, la escuela y su currículum son elementos altamente permeables. Muchas veces las reformas están dirigidas y producidas, en parte, por fuerzas externas al propio sistema escolar, los centros y las aulas. Los conceptos, las temáticas, los contenidos, son fruto de una serie de luchas que se producen en diferentes ámbitos. Las ciencias sociales y su currículum escolar, no son nunca totalmente independientes de los contextos intelectuales, lingüísticos o políticos en los que elaboran sus esquemas teóricos y conceptuales. Detrás de los desacuerdos semánticos sobre la definición de los contenidos escolares se disimulan desacuerdos sociales, nacionales y hasta internacionales, tal y como esta investigación nos indica. Las luchas por la definición, jerarquización, selección, etc., de los conocimientos son, en muchos sentidos, luchas sociales. El sentido que hay que darle a los temas que observamos dentro del currículum, provienen de compromisos sociales fundamentales.

Como nos ha indicado R. W. Evans en esta obra y de ahí el interés de la misma, la historia que aquí se nos presenta (el origen de los «nuevos estudios sociales» en EEUU) es un estudio de casos que examina las propuestas y prácticas en torno a la educación de diferentes actores implicados en el proceso, al tiempo que se abordan diferentes cuestiones relativas al currículum de ciencias sociales y la escuela como institución. «¿Quién controla las escuelas?, ¿para qué fines? ¿A qué intereses sirve?, ¿quiénes se benefician? ¿En qué grado es la escuela un arma o brazo del Estado?, ¿está controlada por el gobierno, por la ciencia, por las empresas o por alguna otra influencia? ¿Cómo funcionan los estudios sociales en las escuelas?, ¿con qué finalidad? ¿Podemos reformar los estudios sociales para mejorar el nivel de significado en los aprendizajes?» (p. 4). A responder estas preguntas contribuye este libro, sin caer en reduccionismos y/o mecanicismos de tipo teórico o empírico y abordando la cuestión con el necesario realismo y minuciosidad empírica. Dando importancia al contexto social y la interacción, conflicto y luchas que se producen entre los diferentes actores sociales.

Mariano González Delgado